

la paz de aquellos campos, en esas noches que en la soledad son más silenciosas, más dilatadas? Pero, ¿tiene por ventura para qué acordarse de mí? ¿No la olvidé? ¿No he renunciado á ella completamente?

Me sorprende el carácter de F.....; casi no se acuerda ya de María; pero todo será que llegue, y el fuego mal apagado tornará á alzar llama.

—
XII

Por fin ha llegado, la he visto, y, francamente hablando, la he visto con indiferencia. Ya el dominarme es un hábito que, más temprano ó más tarde, encerrará al corazón en su mano de hierro. Hasta conozco ya el metal de su voz: me ha dirigido la palabra, y sin que mi corazón haya latido al escucharla. Efectivamente, continúa desarrollándose y está mejor que antes. ¿Para quién reservará esta joya el porvenir? F.... ya no piensa en ella para nada.

.....
Han pasado muchos y muy monótonos días: la indiferencia ha asentado su imperio en mi alma; pero de una manera

absoluta. Hasta me chocan los negros ojos y la coqueta sonrisa de E.....; la voz gemidora y los movimientos desaliados de L.....; me chocan todas las mujeres, porque vislumbro en todas ellas un fondo de falsedad inaudita, cubierto con una media tinta de mal fingida ternura. Me chocan los poetas, porque son unos locos de atar, que se precian de conocer la naturaleza, y no se conocen á sí mismos: me chocan los políticos, porque son los locos más funestos para el género humano, y un día han de colocar en la lista de los derechos imprescriptibles del hombre, el de quejarnos cuando algo nos duela físicamente, y creerán haber adelantado en la vía sublime de la perfectibilidad social. Me chocan los naturalistas que clasifican al hombre en la familia misma del orangután; y los geómetras que con el cuadrado de la hipotenusa pretenden demostrar que no existe Dios. Finalmente, me choco á mí mismo.

.....
En la mañana de un día nublado, de los últimos del otoño, al salir de una calle á otra se me apareció María, que iba á casa de la señora C.... La saludé, y muy pronto la dejé atrás; pero, á mi pesar, volví la cara algunas veces, para verla, y noté que me seguía su mirada. La casa

está en la extremidad de la calle: cuando llegué á la esquina me detuve para ver entrar á María: volvió á saludarme y desapareció.

En este momento sentí que había renacido en mí con toda su fuerza un sentimiento mal reprimido, que dormía quizá en el último rincón del alma, y que me hacía traición en el primer instante de debilidad. De nuevo creí que la dicha de amar no me estaba del todo vedada. F... me ha asegurado que hay una indiferencia completa, una curación radical por su parte.—El campo está libre: saltemos á la arena!

XIII.

Pero ¿podré ofrecer á esa niña un amor verdadero, constante; la pasión del corazón, y no un acaloramiento de la fantasía? Creo que sí, porque los síntomas de ahora jamás los había experimentado. ¿Podré, además, ofrecerle con mi mano una posición decente en la sociedad? ¿O consumiré en inútiles suspiros años tras años, hasta que este afecto muera de consunción?

Es preciso obrar con la cabeza: tengo

ya veintidós años: podría casarme, faltar, como estoy, de recursos; podría cometer esa locura, como la cometen las tres quintas partes de los hombres. Y ¿sería justo condenar á una cadena de privaciones á esa niña que si por sus virtudes merece la vida tranquila y feliz de una choza, merece por su educación y sus modales el esplendor de una reina? No: ó todo, ó nada. Pero ¿á qué estas reflexiones inútiles? ¿Me amaría ella por ventura?

Y ahora, sin embargo, mi destino está fallado. Con motivo del cumpleaños de un niño, varias familias se han reunido en una de estas últimas noches de Noviembre, en la casa de... Al entrar, lo primero que se presentó á mi vista fué María; estaba sentada en lo interior del estrado: se levantaron las señoras para recibir á mi familia: hubo una confusión completa, y entretanto, dos ancianas me brindaban á porfía con un asiento vacante en medio de ellas: hube de aceptar, porque la negativa hubiera sido considerada como delito de lesa senectud. Cuando todos volvieron á recobrar sus asientos, quedé agradablemente sorprendido al ver á María sentada en el extremo exterior del ala opuesta del estrado, y una silla desocupada, ¡una sola silla! á su derecha. ¿Por qué me había yo encadenado

entre aquellas ancianas, viudas quizá de los que fabricaron las pirámides de Egipto? ¿Por qué no podía ir á ocupar aquel asiento que, sin tener un amor propio excesivo, podría sospechar que me estaba destinado?

El buen padre Ripalda supo lo que hizo al dar la definición de las pasiones: la mía me dominó, me cegó de tal modo en aquel instante, que, una vez formado mi plan, sin darme lugar á la reflexión, dejé la compañía respetable de mis vecinas y me embuté en la codiciada silla, no sin provocar un murmullo de extrañeza de parte de la concurrencia que, cinco minutos después, no se acordaba de mí.

.....
¡Cómo su metal de voz me parecía dulce y penetrante ahora! ¡Cómo me entusiasmaban su conversación y sus miradas! Ella me dirigía á veces la palabra, y mis ojos seguían el gracioso movimiento de su cabeza: después callaba, inclinándola ligeramente, como al peso de sus pensamientos. Ciertamente es que no hay dicha en la tierra igual á la que se experimenta cuando por la vez primera nos encontramos con la mujer que, de muchos meses antes, ha ocupado nuestra imaginación durante el día: con quien hemos so-

ñado una noche tras otra. En tal estado, cierta irritación nerviosa que se experimenta, un ligero malestar en medio de aquel océano inagotable de gloria suprema, parece que nos indican que nuestro corazón ha sido formado más bien para la plenitud del dolor.... ¡Y ella me amaba! Sí; porque su voz temblaba levemente y sus ojos se detenían á su pesar en los míos.

Yo me propuse confesarle mi amor en esta misma noche; hice girar mi conversación sobre asuntos que me acercaran al terreno deseado; pero cuando la misma emoción producida por los pensamientos que iban á asomar á mis labios, ahogó por un momento mis palabras, advertí que todo el mundo callaba, y que María y yo éramos los únicos interlocutores. La ocasión estaba perdida: era necesario resignarse.

Después bailaron unas con otras las jóvenes, porque de los hombres que habíamos allí, los unos eran demasiado viejos, los otros demasiado niños: éstos, conmigo, no bailan; los de más allá visten luto á la sazón. Las miradas de María me seguían, sin que ella interrumpiera el mecanismo de las cuadrillas. Las jovencitas M.... me han dado carga con ella, y ¡cosa rara! esto no me ha im-

pacientado; su broma me halagaba, porque me aseguraban que habían también observado á María y sorprendídola mirándome. Hubiera querido que la broma continuase, para estar oyendo pronunciar este nombre de María, tan caro para mí.

Pero lo que me acabó de trastornar en esa noche fué un pequeño favor, un favor inocente, una sonrisa que me concedió María al dejar su asiento para dirigirse á las piezas interiores de la casa. Nunca su imagen, en el acto de concederme esta sonrisa, se ha ausentado de mi memoria: podrían aplicárseme las palabras de un escritor inglés:

“La ve con el sol resplandeciente de medio día; en las sombras de la noche se le aparece entre las estrellas y la tierra; tiene su imagen profundamente grabada en el corazón; nada podrá borrarla.”

XIV.

Esta noche fué casi toda de insomnio; pero qué insomnio tan dulce es el que nos ofrece la imagen siempre risueña de una mujer bien amada! ¿A qué era ya luchar? El problema estaba resuelto: feliz ó desgraciado este amor, mi existencia

quedaba ligada á él.—Es imposible arrancar de raíz un árbol añoso y corpulento: cuando se consigue, el terreno en que estuvo plantado queda removido; el jardín destruído.

Después, cuando un dulce sueño cerró insensiblemente mis párpados, reprodujo las anteriores escenas; hizo más: quitó á mis labios la timidez para expresarse; me hizo escuchar el juramento más deseado, más santo; aquellas palabras tiernas que la mujer reserva solamente para el hombre á quien da su corazón.

Cuando la luz, penetrando por la cerradura de mi ventana, me despertó, di un grito de alegría: me consideraba feliz.

Entonces experimenté la necesidad de acción; quería acallar la voz de mis pensamientos, que me hablaban en un idioma demasiado dulce: pero que no por eso me agobiaba ménos. “¿Qué ser tan mezquino es el hombre! No puede sufrir lo excesivo del placer ni del dolor: las mismas lágrimas que nos arrancan los padecimientos, vertemos en los transportes inmoderados de nuestra alegría.” (1)

Me consagré á una ligera ocupación, contraria á mis ideas dominantes en aquel

(1) Chateaubriand.

momento: puse en limpio unos versos escritos en la muerte de A.... que me habían sido pedidos algunos meses antes, y que debían ahora ver la luz pública. ¿Los leerá acaso María? Si así fuera, si se enterneciese, si sus ideas se identificasen con las que contienen estas líneas, ¡cuán gloriosa recompensa para su autor!

Un pensamiento cruzó por mi espíritu. —Hacia algunas semanas que María estaba yendo á bordar á casa de la Sra.... Iba y volvía por rumbo opuesto á la calle en que vivo; mas si ella quisiera transitar por aquí, bien podría hacerlo; pero precisamente vuelve á su casa á las dos de la tarde, y esta hora sonó hace buen rato.... Dejo la pluma; corro á asomarme á la puerta; María acaba de pasar; sin embargo, vuelve la cabeza, y, al verme, un ligero encarnado cubre sus mejillas: me saluda, y al entrar en su casa torna á dirigirme la vista.

XV.

En tal estado de cosas era necesario, indispensable, que yo me explicara; había ido muy adelante para poder retroceder ó quedarme estacionado; además,

todo deseaba, menos eso. Me resolví á escribirle: una de sus criadas, la que me pareció que obtenía su confianza, fué encargada de hacer llegar la carta á sus manos. En ella recordaba á María mi antigua afición, reprimida por los deberes de la amistad: el placer que experimentó mi alma al saber que estaba libre: mis planes para lo futuro, cimentados en mis esperanzas presentes. Nunca había estado tan poseído de los sentimientos que intentaba expresar, y sin embargo, cuando al acabar de escribir leí aquellas líneas que revelaban un pulso demasiado agitado, de ninguna manera me satisficieron: las hallé frías, desaliñadas, y en la actualidad, ciertamente no podía hacer cosa mejor, porque se necesita que pase algún tiempo para que la emoción nos inspire: por lo pronto es demasiado fuerte, se reconcentra en el corazón, casi le ahoga: necesitaría para expresarse un idioma que no fuera el humano.

Envié la carta: yo no dudaba que sería contestada favorablemente, atendidas las pequeñas muestras de afecto que he mencionado. Fluctuando, no obstante, entre la esperanza y el temor que nos agita generalmente cuando va á ser pronunciado el fallo que ha de efectuar una crisis en nuestro destino, me encerré aquella

XVII.

¡Siempre recordaré este día! Ella pasó por mi casa, vestida de blanco, con el cabello suelto: así debía tornar á verla en otro día, víspera de que se enfermara.

Pero entonces no pude leer en sus ojos su resolución con respecto á mí: saludóme de un modo apacible, encantador, como tenía de costumbre.

La respuesta, sin embargo, no se hizo esperar largo tiempo: aquella misma tarde se me presentó la criada alargándome un papel cuidadosamente doblado. Yo, que gozaba de antemano, contemplando con los ojos de la imaginación la forma de su letra, la expresión de sus pensamientos; yo, hombre vanidoso, á quien ni por un instante asaltó la idea de recibir una repulsa formal, me quedé sorprendido, estupefacto, al conocer que el papel misterioso no era otro que mi carta declaratoria, que ni había sido abierta.

Confieso que no estaba preparado para este golpe, y un rayo caído á corta distancia mía, me hubiera anonadado menos que este chasco.

María enviaba á decirme que agradecía mi afecto; pero que no podía corresponderle porque, ocupada todavía en su edu-

cación, no pensaba en asuntos de este género.

Pero yo procuré sondear este misterio: interrogué á la criada, la exigí razones de mayor peso de parte de su joven ama, y entonces aquella me manifestó el temor de María de ser víctima de alguna burlita combinada entre F... y yo, para vengar al primero de lo que había sufrido.

Rompí despechado la carta: no oculté á la criada el sentimiento que me causaba, no tanto la repulsa de María, cuanto que me creyera capaz de una bajeza semejante, que estaba en oposición directa con la naturaleza de mi amor y el orgullo de mi carácter. ¡Y era ella, con cuya imagen sola vivía mi corazón, y á quien tributaba los homenajes de una adoración sin límites; era ella, digo, la que me hería de esa manera, la que así lastimaba mi amor propio.!

Era mi agitación tan verdadera, tan fuerte, que la criada fué á hacerle una pintura del estado en que me dejó. Media hora después estaba de vuelta, con encargo de hablarme. María, por cuanto hay en el mundo, no hubiera querido ofenderme. Tal vez hizo una alusión delicada á aquella sospecha, y la criada había desfigurado el mensaje. No; ella me

apreciaba: aunque no me había tratado antes, conocía á fondo mi carácter, y, supuestos tales antecedentes, nada le era tan sensible como que pudiera yo sospechar en ella la intención de injuriarme; a circunstancia de no hallarse su educación perfeccionada, y motivos puramente domésticos, que no podía ni era necesario darme á conocer, le impidieron correspondirme.

Tal era la substancia del segundo mensaje, bálsamo consolador para una herida reciente.

Recuerdo que esa noche escribí los siguientes versos:

XVIII.

Breve fué la ilusión. Cierras tu oído
A las protestas de mi afecto ardiente:
Jamás creí que una alma indiferente
Ocultara tu faz de serafín.
A ablandarte, mis ruegos son en vano:
Está nublado el sol de mi existencia:
El hechizo rompióse.—Tu inclemencia
De mi dolor el cáliz llena al fin!

Mas, ¿por qué tu mirada seductora
Fué á iluminar entonces mi aislamiento?

¿A mi oído, por qué sonó tu acento
Trémulo de ansiedad, lleno de amor?
¿Por qué, como á las aves la serpiente,
Atraerme á tus piés enamorado
Para dejar así mi afán burlado,
Triste para dejar mi corazón?

¡Insensato de mí que en el desierto
Tregua hallar á mi sed creí en la fuente!
La arena me engañó, resplandeciente
Con los rayos del sol.... ¿arena hallé!
Soñé que en tu regazo me acogiste
Y que amorosa te llamabas mía:
Una estatua abracé, de mármol, fría,
Y, al tocarla, temblando desperté.

Adiós: me alejo; mas ¿su incendio el
(alma
Cómo apagar podrá? Tú no has tenido
Piedad del que á tus plantas llega, herido
Por tu beneza, á demandarte amor.
Me engañaste, mujer; llanto me diste
Tan sólo en pago de un afecto santo.
¿Y ahora quieres enjugar mi llanto?
No: déjale correr... ¡por siempre adiós!

XIX.

Quedé en aquellos días presa de un malestar profundo, desvanecidas todas mis esperanzas, todos mis sueños de dicha disipados. Quise luchar para arrancar de mi corazón un amor sin porvenir, y en esta lucha, lejos de vencer, sólo pude arrojar un grito de angustia:

Yo no puedo vivir sin adorarte,
¡Ingrata! En vano tu desdén me abrumba.
Vago en torno de tí como la pluma
Del remolino raudó á la merced.
¡Tu compasión siquiera! que tu mano
De mis ojos las lágrimas recoja:
Que tus miradas calmen mi congoja
Y que existir me dejes á tus pies.

Nunca ciérrase al mísero mendigo
La puerta del palacio suntuoso:
Yo perdí al conocerte mi reposo;
Dame en pago de él tu compasión.
Deja que me extasie contemplando
Tu encanto ¡ay Dios! que para mí no es
(hecho
Sin que brille en tus ojos el despecho,
Ya que no brilla en ellos el amor.

Es el otoño, y una lluvia helada
Mi ventana humedece gota á gota:

Suele bramar el ábrego y la azota
Con sonoro ruido en el cristal.
Es la noche con todas sus tinieblas:
El frío nuestros miembros entumece:
Calla el mundo, y al ánimo aparece
Tu vaporosa imagen celestial.

Ya se adelanta tímida, amorosa,
Hacia mí, sin tocar el pavimento,
Y me llama en mitad del aposento
Y me tiende los brazos desde ahí;
Ya, como exhalación, pasa y me deja
De mi dolor sumido en la amargura;
¡Pero sueños de dicha ó desventura,
Cuantos la mente abriga, son por tí!

¡Oh! bendito el poder que dióme el cielo
Para expresarte lo que mi alma siente:
Estas líneas verás indiferente;
Mas se alivia al trazarlas mi dolor.
Son el canto del pájaro que, errante,
Su amor sin esperanza tal vez llora:
Perfume de una flor á quien la aurora
No prestó ni su luz ni su calor!

XX.

Después sucedió á esta agitación, á esta angustia, una resignación profunda con mi destino: conocí que me era imposible

renunciar á este amor, ó hacerme corresponder de María. Si ella me hubiese tratado con desprecio, con altivez; si se hubiera burlado de mí, sería un cáustico provechoso para mi enfermedad; pero, muy al contrario, me seguía dando mil pruebas delicadas de deferencia; continuaba pasando por mi calle. Cuando iba acompañada de su criada y una pequeña hermanita, á la casa de la Sra.... yo la seguía siempre á cierta distancia, y ella no lo desaprobaba: al entrar á la casa nunca dejó de recompensarme con una mirada tierna, encantadora... Las abuelas empezaban á chischilear, porque parece que los años les dan el derecho de mezclarse en todos los negocios ajenos; pero yo entonces tenía demasiado en qué pensar para ocuparme de su locuacidad. Además, el buen nombre de María no podía padecer en lo más mínimo, porque, si bien es cierto que yo la seguía, siempre era á distancia de media cuadra, siempre sumisa y respetuosamente,

“Como sigue el esclavo á su señor.”

Nunca se me vió dirigirle una palabra, y eso que la carencia de otras oportunidades para hablar con ella, hubiera disculpado una conducta diversa. Però si

me importaba poco que las gentes se ocuparan de mí, no podía soportar la idea de que esta niña bien amada figurase en la crónica de los estrados y corrillos: Quise padecer en silencio, más bien que exponerla al más ligero disgusto.

Ultimamente había aceptado algunas flores enviadas por mí; las había colocado cuidadosamente en su tocador, y con frecuencia hacía que les mudasen agua. ¿Esto, no era ya mucho para mí? Pero, ¿admitir mis cartas? No, eso no: siempre las mismas disculpas, siempre las mismas satisfacciones lisonjeras. Verdaderamente yo estaba enamorado de una sombra, de un ser perteneciente á la región de los espíritus; pero no por eso era ya mi amor menos acendrado, menos constante. Estas ideas engendraron en una hermosa mañana de Diciembre la poesía que á continuación inserto:

XXI.

Deslumbra el sol á su zenit subiendo
 Bajo el dosel de un cielo despejado:
 A su confusa agitación y estruendo
 El mundo torna, de dormir, cansado.

Rompe la ya gastada ligadura
Con que tu cuerpo aprisionara el sueño,
Y ven á respirar la brisa pura
De la mañana, idolatrado dueño.

Ya no verás la matinal estrella
Brillar más hechicera en su agonía,
Ni en la roca ó el árbol que descuella
Su luz naciente reflejar el día;

Mas por el sol contemplarás heridas
Las montañas, mostrando sus cavernas,
Y bajar en torrentes convertidas
De nieve sus pirámides eternas.

Verás un océano de verdura
Ceñir extenso el límpido horizonte.
Y en colinas y en llanos y espesura
Subdividirse el solitario monte.

Verás la garza de nevada pluma
Dejar de un lago el cristalino asiento,
Para ostentar su gentileza suma
Volando y revolando por el viento.

Mas ya aparece en su balcón la hermo-
(sa,
Más hermosa que el alba: su mirada
Melancólica, extática, reposa
Al fin, del cielo en el azul clavada.

Sí: del cielo tan sólo la belleza
Puede arrobarte en éxtasis sublime,
Angel que á la mansión do el hombre gi-
(me,

Descendiste las penas á endulzar:
En tu destierro á la divina altura
Vuelves los ojos con piadosa calma,
Porque el cielo es la patria de tu alma,
Y es para ella irresistible imán.

El adquirir tu amor es imposible,
Porque la humana adoración desdeñas:
Quizá otro amor en otros mundos sueñas
Del horizonte rojo más allá....

Yo también he soñado; mas contigo
Vagué por el espacio imaginario
Siempre, mujer; no triste y solitario
Como á existir me obliga tu frialdad.

En vano sus encantos muestra el día
Cuando la pena el corazón destroza:
Bajo el techo infelice de una choza
Fuera feliz viviendo con tu amor;
Aunque velara con neblina helada
Su azul hermoso la inmortal esfera:
Aunque al nacer la rosa pereciera
Al influjo de clima abrasador.

Sólo amarte en silencio es mi destino:
A lo lejos seguirte en tu carrera,
Como á su estrella el infeliz marino,